

VÍBORAS Y CULEBRAS: VÍCTIMAS DE SU MALA FAMA

Maidier Iglesias Carrasco y Carlos Cabido

EN muchos de nuestros paseos por nuestros montes probablemente hemos pasado cerca de alguna víbora sin habernos percatado. Posiblemente ella sí notó nuestra presencia y reaccionó como suele hacerlo: permaneció quieta, confiando en su camuflaje, esperando no ser molestada. En otras ocasiones nos topamos con la serpiente cuando se está moviendo o bien calentándose en el borde de un camino. La reacción del ofidio suele ser similar a la anterior -permanecer quieto si cree que no ha sido visto-; o bien, si cree que ha sido detectado, tratar de huir despavorido. Suele llegar a esta última conclusión gracias a nuestra reacción: gritos, muecas, carreras y, con demasiada frecuencia, palos. En nuestros paseos por la montaña suele ser motivo de alegre sorpresa toparnos con pájaros, marmotas, mariposas... ¿por qué no con serpientes?

Las serpientes son uno de los grupos animales más odiados y temidos. Ese miedo, como en tantas ocasiones, desemboca en violencia que, a menudo, se traduce en la muerte de los animales. Muchas personas son conscientes del pavor que les producen las serpientes; tal vez tú, lector, lo seas. Pero, ¿alguna vez te has preguntado por qué? ¿Cuál es el origen de ese miedo? ¿Lo has aprendido? ¿O es innato, como el miedo a las alturas o al agua? Y, por último, ¿te has preguntado si las serpientes son tan peligrosas como tú crees?

No es sólo una cuestión de curiosidad. Muchos miedos se sustentan en un desconocimiento que permite la mitificación y exageración de las presuntas amenazas. Sin embargo, a menudo basta conocer las razones que los subyacen para sobreponernos a ellos. Y, al fin y al cabo, nadie disfruta teniendo miedo a las serpientes ni tampoco queda como un héroe matándolas.

¿Miedo innato o aprendido?

Pues un poco de todo. Las psicólogas Vanessa LoBue y Judy DeLoache han demostrado que no es que los humanos temamos de forma innata a las serpientes, sino que lo innato es nuestra capacidad para detectarlas rápidamente. La antropóloga Lynne Isbel ha llegado a una conclusión similar: existen unas neuronas especializadas en responder rápida y selectivamente a las imágenes de serpientes con mayor rapidez que a cualquier otro estímulo. Estas neuronas se encuentran en la parte posterior del tálamo cerebral, que procesa la información visual sin necesidad de pasar por la corteza cerebral, la parte "racional" de nuestro cerebro. El miedo emerge cuando la informa-

ción es posteriormente procesada por la parte racional, y depende de un prejuicio aprendido o una experiencia negativa directa. Otros estudios muestran cómo niños de pocos meses de edad y sin ninguna experiencia previa no sienten ningún temor ante la visión de una serpiente, excepto si ésta es acompañada de voces de adultos asustados. Es decir, el miedo a las serpientes se aprende.

Sin embargo, sí que parece existir una predisposición a temer a las serpientes. Todo indica que esa parte innata tiene una explicación evolutiva: cuando en otras épocas los antepasados de nuestra especie compartían hábitat con especies de serpientes peligrosas, detectarlas rápido era esencial. Ese aún es el caso de otras espe-



Maidier Iglesias Carrasco realiza actualmente su tesis doctoral en el Departamento de Ecología Evolutiva del Museo Nacional de Ciencias Naturales (CSIC) y en el Dpto. de Herpetología de la Sociedad de Ciencias Aranzadi, del que el Dr. Carlos Cabido es el actual director. Los intereses científicos de ambos se centran en la ecología del comportamiento y la conservación de anfibios y reptiles. Actualmente estudian la adaptación de la fauna a los hábitats antrópicos y cómo los monocultivos forestales funcionan como trampas ecológicas para los anfibios. Además, están embarcados en la campaña "We are snake friendly" subvencionada por la Diputación Foral de Gipuzkoa, para eliminar mitos y miedos en torno a las serpientes.



1 Las serpientes ven mal y no tienen oído, pero perciben químicamente el mundo que les rodea. Esa es la razón por la que sacan y meten continuamente su lengua bifida: están "saboreando" el aire y el sustrato. (Culebra de collar, *Natrix natrix*. Foto: Maider Iglesias)

2 La víbora cantábrica (*Vipera seoanei*) es un endemismo del norte de la Península, que no se puede encontrar en ningún otro lugar del mundo. (Foto: Manu Océn)

3 La culebra de Esculapio (*Zamenis longissimus*) es una de las especies más castigadas y se encuentra incluida en el Catálogo Vasco de Especies Amenazadas. (Foto: Manu Océn)

4 Participante de un conocido concurso de televisión hace gala del comportamiento incívico que aquí condenamos, matando una especie inofensiva y amenazada en la selva de Misiones (Argentina). (Foto: ETB)

cies de primates. Aun así, el hecho de que no sea un miedo completamente innato y que deba aprenderse indica que no siempre ha sido o es necesario. De hecho, en regiones como la nuestra, las serpientes no representaban (y siguen sin hacerlo) una verdadera amenaza.

¿Está justificado entonces el miedo a las serpientes?

En algunas zonas, como Australia u otros países tropicales, existen serpientes muy venenosas y debe andarse con cuidado (lo que debería excluir el intento de matarlas).

Sin embargo, en Euskadi, de las diez especies de serpientes presentes en el territorio sólo dos son venenosas para los humanos: la víbora cantábrica (*Vipera seoanei*) y la víbora áspid (*Vipera aspis*). Su veneno, poco potente, aunque puede revestir cierto peligro para niños y personas adultas alérgicas o debilitadas por alguna enfermedad, simplemente resulta doloroso para la mayor parte. En España se registran en torno a 130 mordeduras de serpiente al año. Sólo el 1% de los casos resulta mortal; es decir, una persona, a lo sumo. Por establecer una comparación con los efectos de otros venenos de origen animal: las picaduras de abeja provocan en este mismo territorio hasta 20 muertes anuales.

Pero, ¿por qué poseen veneno las serpientes? ¿No es para matarnos?

Todas las especies de serpientes son depredadoras. El veneno evolucionó como herramienta para asegurarse de que la presa esté muerta antes de empezar tranquilamente la ingestión muchas de las especies venenosas se alimentan de mamíferos que serían, de otro modo, capaces de defenderse a mordiscos y herirlas fatalmente; o bien como forma de cazar presas muy rápidas a las que sólo se puede morder una vez. El veneno es, pues, una alternativa sofisticada, limpia y rápida de cazar sin sufrir heridas, y sólo secundariamente se usa como defensa.

Aun así, producir veneno es costoso para ellas, por lo que conviene ahorrarlo y no morder a animales que no sean presas potenciales, salvo que no les dejemos otra opción que la defensa. Pero incluso en esta circunstancia la serpiente inyectará una cantidad ínfima, ya que la pérdida del veneno supone una clara disminución de su probabilidad de supervivencia.

¿Y por qué está tan extendido el miedo a las serpientes?

La impronta de nuestra cultura judeocristiana ha contribuido a establecer el rol negativo de las serpientes, que se ha transmitido en todo tipo de cuentos e historias protagonizados por ellas, caracterizadas en personajes malvados. Al margen de esta contaminación cultural, es innegable que

las serpientes atraen nuestra atención, como hemos visto, de forma innata. Sin embargo, las conocemos realmente tan poco que existe un espacio abonado para ser llenado con mitos y exageraciones infundadas. Al fin y al cabo, sí que nos gusta pasar un poco de miedo y es más emocionante temer a un enemigo extraordinario. ¿Quién no ha oído alguna vez que ecologistas y/o administraciones sueltan serpientes desde helicópteros, que éstas beben la leche de las vacas o que hipnotizan a sus presas? Pero no hace falta inventar leyendas o recurrir a conspiraciones para sorprendernos. ¿Sabías que, aunque la mayoría de las especies ponen huevos, las víboras paren crías totalmente formadas? ¿Y que la culebra de collar cuando se siente amenazada se hace la muerta para que la dejemos tranquila? Pues son sólo dos ejemplos de la variedad de detalles sorprendentes que nos ofrecen las serpientes.

¿Amenazantes o amenazadas?

Casi la mitad de las especies de serpientes del mundo se encuentran amenazadas. En Euskadi, de las diez especies de serpientes que podemos encontrar (dos víboras y ocho culebras), cuatro se incluyen en el Catálogo Vasco de Especies Amenazadas. Poco sabemos sobre las causas concretas de la disminución de sus poblaciones por la dificultad que presenta su estudio, dados sus hábitos tímidos y discretos. En cualquier caso, son necesarios más estudios, antes de que sea demasiado tarde para algunas de ellas. Probablemente, la persecución de la que son objeto, los atropellos en carretera y, principalmente, la pérdida de hábitat están ejerciendo una presión tal sobre estas especies que buena parte de ellas están amenazadas. ¿Quién representa la verdadera amenaza?

Sin embargo, a nuestro maltrato y desconsideración, las serpientes responden beneficiándonos de múltiples formas. Por ejemplo, resultan muy beneficiosas para los *baserritarras*, uno de los colectivos que, paradójicamente, más las persigue, ya que muchas de ellas se alimentan de roedores y son eficaces controles naturales de plagas. Además, gran parte de los medicamentos para el corazón se obtienen de su veneno, que es, irónicamente, el principal motivo por el que son temidas. Sin embargo, al margen de estas razones antropocéntricas y mercantilistas, simplemente el privilegio de que formen parte de nuestro patrimonio natural debe ser motivo suficiente para respetarlas y protegerlas.

En general, las serpientes son animales de movimientos lentos y escasa agresividad, que nos ignoran si no las importunamos. Por eso resulta fácil matarlas. No te jactes de hacerlo y sí de conocerlas, observarlas y agradecer que hayan conseguido sobrevivir hasta ahora. Basta con que las dejemos tranquilas para estar completamente seguros de que no corremos ningún peligro. □